

AROLAS, JUAN (1805-1849)

*POESÍAS LÍRICAS*

INDICE:

LA CREACIÓN

Himno al Supremo Ser

EL ÁNGEL DEL SEÑOR AL HOMBRE

Después de su caída

HIMNO RELIGIOSO

ADÁN Y SU COMPAÑERA

Después de su caída

CANTO HEBREO

AL NACIMIENTO DEL REDENTOR

DIOS HOMBRE

A LA DESEADA PAZ

EL ENCANTO

PLEGARIA

A UNA BELLA

LA CITA

LAS NUEVE

LEYENDA ALEMANA

LA CREACIÓN

(Himno al Supremo Ser)

De tinieblas y sombras rodeada,  
Con un cetro de fúnebre tristura,  
Domina sobre el reino de la nada  
Una noche larguísima y oscura,

Sin ningún ser, color ni movimiento,  
Sin voz, sin ningún eco ni sonido,  
Sin un soplo de vida ni un aliento  
Por el estéril ámbito de olvido.

Es un caos de horrores y de espanto;  
Y sólo vagar puede en ese abismo  
Aquel tres veces justo y también santo,  
Que fue en la eternidad, y será el mismo.

Lanza sobre esa noche soñolienta  
Su mirada de plácidos amores  
Que toda la ilumina y trasparente,  
Convirtiendo en cristales sus vapores;

Y con velocidad la errante sombra,  
Pasmada de una ley desconocida,  
Se oprime al replegarse, como alfombra  
Que en largo funeral se vio extendida.

Nace la virgen luz, reina brillante  
Que ocupa un éter límpido y sereno,  
Con cetro y con diadema de diamante,  
Y abrocha con un sol su casto seno.

Y ese sol es gigante de grandeza,  
Es un joyel de amor y de alegría  
Con que tu grande autor, naturaleza,  
Marca de creación el primer día.

No gastarán tu joya inestimable  
Los siglos con el roce de sus alas:  
Su eterna juventud infatigable  
Será el mejor adorno de tus galas.

Sólo cuando, tu término llegado,  
Quiera Dios que desmayes y sucumbas,  
Esqueleto de un sol todo eclipsado  
Te debe acompañar entre las tumbas.

Sobre tus vastos túmulos desiertos,  
Será final antorcha que, apagada,  
Dará un humo a tus sombras y a tus muertos.  
El humo primitivo de tu nada.

Reinan por el zafir de los espacios  
Mil globos y otros mil con un fin solo,  
Fanales de los célicos palacios,  
Que encienden doble llama en doble polo;

Y aquel que los adorna y los produce  
Les marca su distancia y armonía,  
Y a todos con el dedo los conduce  
Puestos en escuadrón, siéndoles guía.

Mas del gran luminar corriendo el coche,  
Los rayos va entibiándoles su dueño,  
Y en tus horas balsámicas, ¡oh noche!,  
Serán brillante auréola del sueño.

¡Oh luz pura, que has nacido  
Del fulgor de su mirada,  
Como virgen preparada  
Para espléndido festín;  
Que disipas de ese caos  
Las nieblas y horror profundo,  
Fijando la edad del mundo,  
Bendice al Señor sin fin!

¡Oh sol, cuna de diamantes,  
Rey de nítidos destellos,  
Sin rival entre astros bellos,  
Que apaga tu hermosa sien;  
Joyel del Omnipotente  
Sacado de su tesoro,  
Minero fecundo de oro,  
Bendice al Señor también!

¡Oh cielos, morada y templo  
Del Artífice que os ama,  
Cuyas obras son de llama,  
Coronadas de esplendor;  
Páginas donde su nombre  
Se halla escrito con estrellas  
Que son polvo de sus huellas,  
Benedicid al Criador!

Del sol de topacio  
La luz se dilata  
Por todo el espacio  
Con rayo de plata.

La bóveda toda  
Reviste su giro  
Con traje de boda,  
Color de zafiro.

Su seno que crece  
Revela la nube:  
La brisa la mece,  
La brisa la sube;

O en tiendas flotantes  
De rojo amaranto,  
Con varios cambiantes,  
Divide su manto.

O al sol se evapora  
Su espuma delgada,  
Del astro que adora  
De amor abrasada.

O es leve cortina  
Que Cubre la cuna  
Do un ángel reclina  
Su rostro de luna.

O es nave ligera  
Que altiva se ufana,  
Flotando en la esfera  
Con velas de grana.

De un astro pretende  
Saber otro luego  
Quién es el que enciende  
Sus piras de fuego;

Quién es causa eterna,  
Quién reina y en dónde,  
Quién rige y gobierna;  
Y el otro responde:

Que es Dios, que es la vidas,  
Principio y autor,  
Virtud escogida,  
La gracia cumplida,  
Luz, dicha y amor.

Sentado sobre el trono de la aurora,  
Extiende por los ámbitos profundos  
El Eterno su vista criadora  
De soles, y de cielos, y de mundos.

Y aparece la tierra, suspendida  
Como por atracción, de su mirada;  
De mares, como fajas, circuïda,  
Y en sus polos muy bien anivelada.

Aparecen sus montes cual gigantes  
Que guardan sus recónditos mineros  
De precioso metal y de diamantes,  
En cárcel de peñascos altaneros.

Unos su pico elevan orgulloso,  
Y otros visten sus cumbres y su falda,  
Do bulle el arroyuelo sonoro,  
Del nítido color de la esmeralda.

Y algunos, cual tiranos inclementes  
Que han de burlar los soplos de huracanes,  
Muestran con arrogancia duras frentes  
Ceñidas con diadema de volcanes.

Tiende el valle su alfombra de verdura,  
La colina su término le sella  
Y, do nace una brisa que murmura,  
Nace una leve flor que es hija de ella.

El remanso que forma fuente fría  
Remeda sombras trémulas, vergeles;  
Miente nubes de hermosa pedrería  
Y sauces que desmayan en doseles;

Aves que se columpian en las ramas,  
Insectos que festejan a las rosas,  
De celajes de púrpura las llamas,  
Y ornatos de elegantes mariposas.

El espumoso mar ocupa un centro;  
Y, aunque amaga su furia turbulenta  
Con la tierra chocar en rudo encuentro,  
Sobre linde arenosa desalienta.

Y es como ardiente esclavo que, nacido  
Para lucha feroz y bramadora,  
Con un lazo de flores detenido,  
Besa el nevado pie de su señora.

Se duerme en las bahías y desmaya,  
Se despierta en los golfos peligrosos  
Y tumbos bullidores en la playa  
Levanta con mil juegos ingeniosos.

Lame risueños istmos y arenales,  
Y es rey que de mil islas se enamora  
Y les rinde tributos de corales  
Y de perlas y de ámbar que atesora.

Le pagan claros ríos homenaje,  
Y algunos tan subidos en orgullo,  
Que sienten el humilde vasallaje  
Y mueren con un hórrido murmullo.

Mil aves que se visten del tesoro  
Que tiene abierto Dios para sus galas,  
Émulos de la púrpura y el oro,  
Revelan los matices de sus alas;

Entonan dulces cantos a porfía,  
Y celebran del mundo el nacimiento  
Con el primer ensayo de armonía  
Que, por llegar a Dios, penetró el viento.

Bebiendo luz, el águila pasea  
Del éter el Océano extendido,  
Ocupada tal vez de altiva idea  
De morar en el sol y de hacer nido.

Se espacian los cuadrúpedos veloces,  
Ruge el fiero león de noble raza  
Y el mundo no distingue entre mil voces  
Otra de mayor brío y amenaza.

El río que dormía sosegado  
Llena el caimán de espuma vacilante,  
Y tiembla el árbol duro que ha tocado  
Con mole ponderosa el elefante.

Extendiendo el pavón sus plumas bellas.  
Copia con delicada miniatura  
Un cielo de simétricas estrellas,  
Único en elegancia y hermosura.

Son los cedros y palmas altaneras  
Colosos de las auras que los mecen;  
Los cipreses pirámides ligeras  
Que todas las distancias embellecen.

Y las plantas acuáticas, nacidas

En medio de las fuentes y las olas,  
Enseñan con pudor, medio escondidas  
En urnas de cristales, sus corolas.

¡Oh tierra, de luz vestida,  
Con su aliento fecundada,  
Por su mano regalada  
Con un cielo y un edén;  
Que de vida y hermosura  
Tantos gérmenes contiene  
Y gozas de tantos bienes,  
Bendice al supremo bien!

¡Oh mar de onda fugitiva,  
Sonrosada, azul y verde  
Que en tu inmensidad se pierde  
Y otra toma su color;  
Que como a risueña virgen  
Que destinas a tu boda  
Abrazas la tierra toda,  
Bendice al supremo autor!

Circula y se eleva  
Por todo paraje  
La savia, que lleva  
Frescura y ramaje;

Y el céfiro leve  
Que vaga y murmura  
Con alas de nieve  
Por toda espesura,

Derrama rocío,  
Que es llanto de aurora,  
Y hermoso atavío  
De rama sonora.

Con galas distintas  
Ostentan las flores  
Penachos y cintas  
De vivos colores;

Coronas radiantes  
Y gasas delgadas,  
Festones, turbantes  
Y tazas doradas;

Capullos cubiertos  
Con gran simetría,  
Y senos abiertos  
Al aura y al día.

Las unas se afanan  
Por ser solas ellas,  
Las otras hermanan  
Corimbos de estrellas;

Desmayan algunas,  
Las otras asoman,  
Y brillan las unas,  
Las otras aroman

Y en fin leve nube  
De esencias combinan,  
Que al cielo se sube,  
Que a Dios la encaminan.

En fuentes hermosas  
Que en lluvias de perlas  
Inundan las rosas  
Que nacen por verlas,

Contempla el insecto,  
Zumbando en la rama,  
Su talle perfecto,  
Su cuerpo de llama;

Y el bosque y el prado,  
Vergel y montaña,  
Y arroyo cercado  
De verde espadaña,

Mar, ríos y suelo  
Con voz de alegría,  
Dan himnos al cielo,  
Formando armonía.

Y al ave que canta  
Preguntan las aves,  
Quién dio a su garganta  
Los trinos süaves;

Quién es causa eterna,  
Quién reina, y en dónde,  
Quién rige y gobierna;  
Y el ave responde

Que es Dios, que es la vida,  
Principio y autor,  
Virtud escogida,  
La gracia cumplida,  
Luz, dicha y amor.

A dominio tan vasto y halagüeño  
Con trono de magnífica grandeza,  
No quiso el Hacedor, el sumo dueño,  
Que faltase tu rey, Naturaleza.

Y el hombre, el soberano de tus seres,  
Compendio de ti misma y tu portento,  
En medio del edén de los placeres  
Fue criado por Dios, y de tu aliento.

Dióle un alma profunda, que midiera  
Toda la creación, que era reciente;  
Y para que su patria conociera,  
Al sol y a su cenit le alzó la frente:

Y habiendo puesto el mundo por santuario  
Do brillase la gloria de su nombre,  
Destinó para místico sagrario  
El corazón magnánimo del hombre.

Mas deja separar, hombre criado,  
Mis ojos del edén de ruiseñores,  
No sea que tropiece en tu pecado,  
Que es un áspid oculto entre las flores;

Y el himno que dirijo al que te cría  
Se interrumpa con ayes de quebranto,  
Y venga a concluir en elegía  
Toda mi inspiración, todo mi canto.

EL ÁNGEL DEL SEÑOR AL HOMBRE  
(Después de su caída)

¿Eres tú aquel Adán afortunado  
Que de recientes flores coronado  
Dios puso en un jardín,  
Para que con tu vista entretenido,  
Al resplandor del sol recién nacido,  
Te amase el serafín?

¿Por quien el Hacedor lanzó al espacio  
Un globo do tuvieses tu palacio  
Ceñido por el mar,  
Y que el mar, poderoso en esterinio,  
Se plegase al confín de tu dominio  
Lamiendo el valladar?

¿Por quien hizo un edén del vasto suelo  
Y pintó el arbol y doró el cielo  
Y al aura embalsamó,  
Y al prado su esmeralda y su rocío  
Y al ave su cantar, y al bosque frío  
Trémula sombra dio?

¿No te miró Satán nacer de arcilla  
Para ocupar su trono y alta silla  
De nácar y rubí?  
¿No dio bronco suspiro de su pecho  
Arrastrando cual sierpe por tu lecho  
De rosa y alelí?

¿Dónde está tu graciosa compañera,  
Estatua de jazmín, virgen de cera  
Con labios de clavel,  
En tu sueño feliz apetecida,  
Y al volver de tu sueño poseída  
Con ósculos de miel?

¡Héla ya que sus ojos no levanta!  
Suspira melancólica y encanta,  
Y es bella en su dolor  
Así como la luna soñolienta  
Si detrás de una nube trasparente  
Su mágico fulgor.

Yo que vi en el edén todas sus galas,  
Yo mismo cubriría con mis alas  
Su hermosa desnudez;  
Mas ¡ay!, entre los dos alzó el delito

Muro de pedernal, bronce maldito,  
Gigante en altivez.

Recuerdo que la amé, porque eran bellos  
Tendidos sobre el seno sus cabellos,  
Y el seno era marfil;  
Porque las frescas risas de sus labios  
Mataban, o de envidias o de agravios,  
Las flores del pensil.

Porque a su alrededor todos amaban;  
Los vientos que en las hojas susurraban  
Y el tierno ruiseñor;  
Alba y anochecer, plantas y ambiente,  
Sombras, ríos y luz, arroyo y fuente  
Vivían de su amor.

Tú viste que una lágrima imperiosa  
Rodaba por su faz de nieve y rosa  
Cual globo de cristal,  
Y a sofocarla el labio apresuraste,  
Y a dura esclavitud te condenaste  
Con aquel sí fatal.

¡Insensato de ti, que no veías  
Cuántas por sofocarla causarías  
A tu prole infeliz!  
Más que tiene tu patria flores bellas,  
Más que puede tener mi patria estrellas  
Y errores tu deslíz.

Tantas, que si a tu lado, por tus males,  
Confundiesen sus líquidos cristales  
Que el tiempo no soltó,  
En un piélago de ondas plañideras  
Náufrago con tu amada perecieras  
Volando encima yo.

Tú gimes desterrado de tu cielo:  
¿Qué miras a tu amada por consuelo  
Si está enojado Dios,  
Si son para sentidas, no explicadas  
Por un cariño igual aniveladas  
Las penas de los dos?

¿No ves que cuando gimes y te nombra

Oprime sus pupilas una sombra  
Que, al salir del vergel  
Para pisar estériles abrojos,  
Sello de presa suya, entre sus ojos  
Puso la muerte infiel?

Cuando armado de espada llameante  
Yo te cerré las puertas de diamante,  
¿No viste, por tu mal,  
En la extensión del árido desierto  
Al borde de tus pies un hoyo abierto,  
La tumba funeral?

¡Adán! ¡Adán! El lodo fue animado  
Por un soplo de Aquel que ha fabricado  
El día y su arrebol,  
Y el lodo se ufanó: quiso elevarse  
Y ser igual a Dios, y Dios llamarse,  
Y lo ha secado el sol.

Y el viento soplará del mediodía,  
Y de la estatua débil y vacía  
El polvo aventará.  
¿Y qué será en tal época del hombre?  
Ni una sombra fugaz, un soplo, un nombre  
Ni un eco quedará.

Dijo el querub y remontó su vuelo  
A la eterna mansión del alto cielo  
Con pura brillantez;  
Y el hombre y su afligida compañera  
Cubrieron con las hojas de una higuera  
Su triste desnudez

## HIMNO RELIGIOSO

Un himno más, ¡oh lira!  
Tu cántico no pierdas  
Cuando propicio inspira  
Sonidos a tus cuerdas  
El santo de Sión.  
Tal vez oye tu ruego

Cubriéndolo de flores  
El ángel del sosiego,  
Que alivia los dolores  
Y ampara la oración.

Tal vez su amor cautiva  
Con vibración sonora  
La nota fugitiva,  
Que salta y se evapora  
Con vaga lentitud.  
¿Quién sabe si mañana  
Guardada en su memoria  
Con el primer Hosanna  
La cantará en la gloria  
De su eternal quietud?

Yo sé que no hay desvelo  
Ni voz, ni llanto pío  
Que no se suba al cielo,  
Bajando cual rocío  
Que da gotas de miel:  
Que el que a los astros bellos  
Dirige en varios giros  
Contó nuestros cabellos  
Y cuenta los suspiros  
Del corazón que es fiel.

El sabe cuántas gotas  
Contiene el mar inquieto  
Cuando sus aguas rotas  
Se humillan con respeto  
A un débil valladar;  
Y fija en su guarismo  
Las fibras de las hojas,  
Los ayes del abismo,  
Del hombre las congojas,  
Su gusto y su pesar.

Las hebras del ovillo  
De lana fina y pura  
Que deja el corderillo  
Entre la zarza dura  
Conoce el Hacedor;  
La pluma vieja y triste  
Que al viento el ave ofrece,  
La nueva que se viste

Cuando rejuvenece  
Y ostenta más vigor.

Conoce el vuelo ardiente  
Del águila en la altura.  
Que alzando al sol su frente  
Contempla su hermosura  
Y bebe de su luz;  
Y el curso que despliega  
La sierpe por el lodo  
Cuando la noche llega,  
Cuando lo cubre todo  
Con fúnebre capuz.

Apenas se abandona  
La nave al mar incierto,  
Mientras hinchén su lona  
Los céfiros del puerto  
Con soplo matinal,  
Las olas ve y acecha  
Que han de azotar sus flancos,  
Y si en terribles bancos  
Ha de dejar deshecha  
Sus tablas por señal.

En el ramaje umbrío  
Del sauce desmayado  
Un nido hay fabricado  
Péndulo sobre el río;  
Se mece y da temor:  
No saltará la espuma  
Para mojar la cama  
Y la naciente pluma,  
Ni caerá la rama  
Que guarda el Hacedor.

No ha de negar su mano  
A la pequeña hormiga  
La provisión del grano  
De la dorada espiga  
Que busca con afán;  
Ni un lecho entre los troncos  
Más frío que las nieves  
A los insectos leves  
Que susurrando broncos  
Entre las flores van.

Alza tus ojos, hombre,  
A la celeste cumbre,  
Y en alabar su nombre  
Y en bendecir su lumbre  
Coloca tu afición;  
Que a ti por dueño nombra  
De tantas maravillas:  
Si su bondad te asombra  
Dóblale tus rodillas,  
Rey de la creación.

Que en el extenso prado  
Do el aura te halagase  
Te puso un rico estrado,  
Como si desplegase  
Un tapiz de Hispahan;  
Y puso en hebras finas  
El musgo entre las peñas,  
Por si cansado inclinas  
Tu frente y glorias sueñas  
Que sus querubes dan.

Yo no vi de su gloria los quilates  
Como ese pueblo amado  
Que entre las arboledas del Eúfrates  
Suspiró desterrado;

Yo no vi la columna rutilante  
Que como un faro cierto  
Marcaba con destellos de diamante  
Su paso en el desierto;

Ni brotar del peñasco más terrible  
Raudal que no cesase,  
Cual si el dedo de Dios, irresistible.  
Su seno taladrase.

En un portal, como pastor, no he visto  
Nacer el suspirado  
Sumo legislador, la luz, el Cristo  
Y el Rey de lo criado.

Así que de Jessé la hermosa vara  
Tomó su lozanía,  
No pude oír la voz ni ver la cara

Del Hijo de María;

Ni vi al pastor por la escabrosa falda  
Subiendo monte arriba  
Para encontrar, poniéndola en su espalda,  
La oveja fugitiva:

Enseñar el perdón de los agravios,  
La paz y la clemencia,  
La modestia de espíritu a los sabios  
Y a los rudos la ciencia;

Al rico la piedad y la justicia,  
Lágrimas al protervo,  
El arrepentimiento a la malicia,  
La libertad al siervo,

Y a todos el amor y la esperanza,  
Como un sueño que acalle  
El temor, el desvelo y la mudanza  
Que inundan este valle.

No le vi prodigando sus desvelos  
Al pobre y sus cariños,  
Prometiendo la herencia de los cielos,  
Ni bendecir los niños;

Ni abrasado del sol de mediodía  
Cuya luz engalana,  
Implorar una gota de agua fría  
De la Samaritana;

Ni medir el amor de Magdalena  
Mirándola propicio,  
Ni dar a sus amados en la cena  
Su cuerpo en sacrificio;

No le vi en el Tabor transfigurado  
Ni vendido en el huerto,  
Ni al Gólgota subir ensangrentado,  
De su sudor cubierto.

Del árbol en que exánime palpita  
No le vi la sombra cara,  
Del sepulcro en que vence y resucita  
Tampoco la luz clara,

Y aunque ventura tal no me ha cabido  
Llenando mi deseo,  
¡Dichoso el que sin ver haya creído!  
Por eso adoro y creo.

### ADÁN Y SU COMPAÑERA (Después de su caída)

Huyamos de sus iras; mas ¿adónde?  
Si no apaga su sol, ¿quién nos esconde  
Del ofendido Dios?  
Y si de noche oscura se presenta,  
¿No hará con su mirada, que calienta,  
Cenizas de los dos?

¿Nos esconderá el mar que ronco truena?  
¡El mar!... ¡el mar!... un escalón de arena  
Que, si lo salva el pie,  
Detrás de onda benéfica que halaga  
Se estrella otra mortífera que traga,  
¡Y nada más se ve!

Y a los altivos montes ¿quién acude,  
Si, pasando su sombra, los sacude  
con hórrido temblor?  
¿Si encorvarán sus cimas de malezas,  
Oprimiendo tal vez nuestras cabezas,  
Malditas del Señor?

¿Sabes, di, algún lugar árido y triste,  
Que de abrojos y espinas se reviste,  
Sin flores por tapiz,  
Do estrechando los brazos criminales  
Cerremos en la noche de los males  
El párpado infeliz?

¿Y no llegue su enojo a tales climas,  
Reventando en volcanes por las cimas,  
Y removiendo el mar?  
¿Y podamos, por único consuelo,  
No contemplar la luz y ver el cielo,  
Tan sólo respirar?

¿Do no suene su voz que me acobarde?  
¿Do no vuele en las brisas de la tarde,  
Que él mismo embalsamó?  
¿Ni encienda esas estrellas que ama tanto,  
Crisólitos caídos de su manto,  
Que en torno sacudió?

¿Y será que se olvide de mi nombre  
Y nada le recuerde que hizo al hombre  
Que al lado tuyo ves?  
¿Y no cuente, al fulgor de sus destellos,  
Ninguno de mis días, ni cabellos,  
Ni huellas de mis pies?

Mas ¡ah!, que con su dedo omnipotente  
Sostiene todo mar y continente;  
Y el dedo encogerá,  
Y, desquiciado entonces con asombro,  
Para vagar en átomos de escombros.  
El mundo caerá.

¡Oh amada realidad de sueños míos!  
Tú, nacida al frescor de cuatro ríos,  
En medio del Edén,  
Arrastrarás conmigo y con tus penas  
Por páramos de estériles arenas  
Tu maldición también.

¿Quién te igualó en riqueza y hermosura  
Antes de aquel instante sin ventura  
De amargo frenesí?  
¿Antes que aquella sombra te halagase  
Y aquel fruto de muerte mancillase  
Tus labios de rubí?

Las fuentes retrataban tu contento,  
Y de tu blanco seno el movimiento,  
Tu risa y tu mirar;  
Y tus ojos de llanto no sabían,  
Y tus hondas entrañas no mordían  
Las limas del pesar.

Las aves cariñosas te cantaban,  
Las brisas tu cabello acariciaban  
Con ósculos de amor,  
Y cuando la pisó tu pie de nieve,

No perdió de amorosa ni de leve  
La más delgada flor.

Yo bebía en tus ojos dulce encanto,  
Y envidiaba mi dicha el ángel santo,  
Y el mismo serafín,  
Que, al eco de tu voz, dejaba el cielo,  
Por gozar tu mirada de consuelo,  
Volando en el jardín.

¡Oh cómo se acabaron tales días  
Y se rasgó su tela de alegrías,  
Bordada de placer!  
¿Do estáis, auroras puras y brillantes?  
¿Volasteis a otros climas muy distantes,  
Para jamás volver?

Ya el sol con su luz clara no consuela;  
Siento mi desnudez que el frío hiela,  
Y encuentro sin calor  
Tus ósculos que libo y tu regazo,  
Y al buscar una dicha en un abrazo,  
Mi dicha es el dolor.

¿Y quién nos borrará de la memoria  
Nuestro pasado bien y nuestra gloria  
Y excelsa beatitud,  
Para que, sin tormentos, sin enojos,  
Cerremos breve instante nuestros ojos  
Con sueño de quietud?

¿Y quién ha de dormir, si está presente  
Del ofendido Dios omnipotente  
La eterna maldición?  
¿Si enluta nuestros pasos, nuestra vida,  
Y con llama feroz, desconocida,  
Nos quema el corazón?

¡Yo tiemblo de mirarme en su presencia!  
Resuena en mis oídos la sentencia  
Que nos dictó el gran Ser:  
«Por cuanto mis preceptos no cumplisteis,  
Al polvo volveréis de do salisteis,  
Por solo mí querer.»

Esto dijo a su triste compañera

El hombre, en su desgracia lastimera,  
Maldito de su Dios;  
Y la fúnebre noche del pecado,  
Con un manto de sombras enlutado,  
Cayó sobre los dos.

## CANTO HEBREO

(Spiritus autem Domini recessit a Saul et exagitabat eum spiritus nequam, a Domino.)

I

SAÚL

¿Quién me ha de llamar rey? Librad mi pecho  
Del peso de la bélica armadura  
Que me oprime esta vez; volvedme al lecho  
O dejadme morder la tierra impura.

Registrad con cuidado mi loriga,  
Una sierpe infernal allí se aferra:  
Me picó el corazón furia enemiga  
Y me falta el valor para la guerra.

¿Dónde estoy? ¡Ved las tiendas orgullosas  
Del filisteo vil...! En sus furores  
Me persigue con lanzas ominosas...  
¿Y me quitáis las armas? Sois traidores.

Ved a Goliad de Geth con su coraza:  
Ya contempla el bastardo mi ruina;  
Álzase como un monte que amenaza,  
Como monte de hierro que camina.

Sonrisa amarga, de mi oprobio llena,  
En sus labios brilló. ¡Ven, inhumano!  
Ocultad mi baldón, callad mi pena  
Los que me llamáis rey, siendo un gusano.

Escuchad, escuchad su voz maldita:  
«Los cuervos multiplican su graznido  
»Y aguzaron sus picos, israelita;  
»Tienen hambre y tus carnes me han pedido.

»Cuando alumbre el combate el sol naciente,  
»Día para vosotros de desvelos,

»El tigre beberá sangre caliente  
»Y comerán del buitres los polluelos.»

¡Oh voz cruel...! ¿Por qué en su demasía  
Armas quiere fraguar el hombre ciego,  
Si hay palabras de muerte y agonía  
Que saltan de la boca y matan luego?

Se disipó cual humo su figura,  
Su enorme escudo y ponderosa lanza;  
Tres veces me maldijo en su locura  
Y rechinó en los dientes su venganza.

¿Quién me ha de llamar rey? Llamad hermoso  
Al féretro también, delicia al llanto,  
Al lento agonizar dulce reposo  
Y región del placer la del quebranto.

Llamad a los cuidados que devoran  
Mi triste corazón, grato embeleso:  
¡Insensatos! ¿Lo veis? Mis ojos lloran:  
Libradme de una vez del duro peso.

¡Ah! ¿Qué mano me hirió? Dardo terreno  
Deja un seno de sangre cuando hiere,  
Pica el áspid y vierte su veneno:  
Nadie dañó a Saúl, y Saúl muere.

El ángel de recuerdos deliciosos  
No halaga mi memoria cual solía:  
Huyó como mis sueños amorosos  
Y solo me dejó en la tumba fría.

Me atormenta Belial; su cetro impío  
Tocó mi frente impura y me avasalla;  
Él su trono perdió y abrasa el mío...  
¿Dónde estará mi Dios? ¡Ah! Mi Dios calla.

¡Si la maga de Endor pudiera un tanto  
Aliviar este afán! ¡Habría quien vea  
El origen cruel de mi quebranto  
Entre los adivinos de Caldea!

¡Abner! ¡tú también gimes! ¡te arrodillas  
Implorando el perdón del alto cielo...!  
¿Quién es el que ha besado mis mejillas?

¿Es el ángel feliz de mi consuelo?

JONATÁS

Es un hijo que os adora,  
Compartir quiere el dolor;  
Es un fruto del amor,  
Que si lloráis, también llora.

No juzguéis recto camino  
Que a Dios agradable sea,  
Consultar al de Caldea  
Por mago, por adivino.

Hay un joven betlemita  
Que con melodioso canto  
Dará fin a vuestro llanto  
Si el espíritu os agita.

Con himnos puros de Edén,  
Del arpa dorada al son,  
Huirá la maldición  
Que arrugara vuestra sien.

Porque aquel lucero mismo  
De la aurora rutilante,  
De su silla de diamante  
Arrojado al hondo abismo

Detesta el sagrado tono  
De la Célica armonía  
Que él también cantó algún día  
Antes de perder su trono.

Llamad, jefes de Judá,  
Al hijo fiel de Isaí:  
Su cítara suene aquí  
Con las glorias de Jehová.

II

¡Vírgenes de Salem! pintadas flores  
Adornen el Thaled... ¿oís el coro?  
«Huyó Belial: el cántico de amores  
»Ha dado al rey Saúl un sueño de oro.

»El arco de Saúl lanza la muerte,  
»Silban sus dardos y retiembla el suelo;

»El dolor asaltaba al hombre fuerte  
»Y el arpa de David bajó del Cielo.»

## DIOS HOMBRE

¡Tanto exigió el humano desvarío!  
Niño llora en la cuna: el Dios del cielo  
Que es víctima de amor!  
¡Ved al eterno sol temblar de frío  
Para ablandar el corazón de hielo  
Del hombre pecador!

Ven, suspirando, ven, que, cuando lloras.  
Y en tu vagido exhalas triste ruego,  
Me pongo a contemplar  
Que tú pintaste el cielo y las auroras,  
Tú diste al serafín alas de fuego,  
Tú lindes a la mar.

Tú al águila altaneras que retrata  
Su sombra en el peñasco más erguido,  
Las fuerzas y el ardor;  
Tú el colibrí las plumas de oro y plata  
Mientras ebrio de aroma se ha dormido  
Colgado de una flor.

¡Yaces en desnudez y amarga pena,  
Tú que a los mismos ángeles encantas,  
Delicia de Israel!  
¡Tú que has vestido el campo de azucena;  
Tú que has puesto una alfombra a nuestras plantas  
De rosa y de clavel!

¡Estrella de Jacob!... Tu luz bendita,  
Que saluda la iglesia enamorada  
Con arpas de Sión,  
De la prole de Adán, prole proscrita,  
Borró en la inicua frente señalada  
Divina maldición.

Aquel ángel que al hombre inobediente  
Y a la mujer bañada en largo lloro  
Sacó del sacro Edén,  
Envainada la espada refulgente,

Segunda vez abrió las puertas de oro  
Que guardan todo bien.

Las aves desplegaron voces puras  
Cantando un himno de alabanza al cielo  
Con grata suavidad:  
Demos a Dios la gloria en las alturas,  
Y la paz a los hombres en el suelo  
De buena voluntad

Los árboles vistieron frescas flores,  
Y enfrenado con hórridas cadenas,  
Rasgado el pecho infiel,  
Bajó del orco impuro a los horrores,  
Para sufrir el colmo de las penas  
El pérfido Luzbel.

Desde el principio existe tu hermosura.  
Siempre inmutable, eterna y escogida;  
Hoy has venido a nos  
Nacido de una Virgen bella y pura,  
Verdad, amor y vida de la vida,  
Luz de Luz, Dios de Dios.

#### AL NACIMIENTO DEL REDENTOR

En dos noches vi el mundo sepultado,  
Y en dos sombras, tinieblas y pecado,  
Muy fúnebres las dos;  
Y sobre aquel olvido sin un ruego,  
Sobre el letargo aquel del mundo ciego  
Velaba solo Dios:

Vi un ángel de alas de oro y pedrería,  
Sublime en esplendor y gerarquía,  
Nacido de la luz,  
Y por un cielo solo que dejaban  
Dos cielos en sus ojos contemplaban  
De eterna claridad.

Toda llena de gracia: fiel paloma  
Y lirio de los valles del aroma,  
Que al aura embalsamó:  
Hacecillo de mirra del amado,

Fuente de la salud, huerto cerrado.  
Rosal de Jericó.

Escogida cual sol, mar de bonanza,  
Madre de dilección y de esperanza,  
Consuelo celestial,  
Bendita porque arranca nuestro luto,  
Y bendita mil veces por el fruto  
Del seno virginal.

El sueño sacudid, tristes mortales,  
Veréis llegado el fin a vuestros males  
Y término al dolor,  
Pues hecho criatura y en pobreza  
Yace el que te formó, Naturaleza,  
Vistiéndote de flor,

La alegría del cielo gime y llora,  
Y el Todopoderoso auxilio implora  
Con un triste gemir,  
Y sufre con el frío dura escarcha  
Aquel eterno sol, que alegre marcha  
Por cielo de zafir.

¡Oh lágrimas que al suelo vais aprisa!  
Las precursoras sois de nuestra risa,  
Del suspirado bien:  
Maná que nos recrea y nos convida,  
Nos da la redención, y abre la vida  
Del venturoso edén:

Benedicid, ¡oh mortales!, ese lloro,  
Y de los serafines almo coro  
Seguid y acompañad:  
«Gloria demos a Dios que habita el cielo  
Y la paz a los hombres en el suelo  
De buena voluntad.»

#### A LA DESEADA PAZ

Ven, dulce paz, como sereno día  
Tras niebla oscura de dolor aciago,  
Como sueño infantil;  
Como soplo feliz del aura fría

Al regalar el cefirillo vago  
Los cálices de abril;

O ven como el rocío de la noche  
Que pende de una rosa no tocada,  
Cual lágrima de amor,  
Y destilado en su purpúreo broche  
Nutre toda su pompa regalada  
Con cristalino humor.

O ven como el sonido de la lira  
Que antes que se ilumine la mañana  
Resuena en la quietud:  
Ven cual paloma cándida que gira,  
Puesto en el pico de encendida grana  
El ramo de salud.

¡Asaz de luto! Palidece y llora  
Tímida virgen, su orfandad temiendo,  
Al eco del clarín;  
Gime el niño y derrama la que adora  
Del ronco parche al sonoro estruendo  
Sus lágrimas sin fin.

Vimos las galas del festín de amores  
Trasformadas en pompa lastimera  
De luto funeral;  
En la tumba, del tálamo las flores  
Y convertido en troba plañidera  
El cántico nupcial.

Y no fue el coro voluptuoso entonces  
El que del ocio en el placer inerte  
Sonó del arpa al son;  
Fue horrísono estampido de los bronces,  
Fue el himno del soldado, el de la muerte  
La trompa y el cañón.

Vencimos: el esclavo fraticida  
Avezado al delito, ya no alienta;  
Jamás ciñó el laurel;  
Do alzó su rebelión aborrecida,  
Allí en el polvo vil mordió su afrenta;  
Allí venció Isabel.

Mas cumplen ya los cielos la esperanza:

Escucha la plegaria cariñosa  
¡O deseada paz!  
¡Ah! muéstranos el iris de bonanza  
Y purísima luz ¡o casta diosa!  
De tu benigna faz.

Ven con el primer rayo de la aurora  
Cuando deja el reposo de su lecho,  
Con la primera flor,  
Con el primer suspiro del que adora,  
Tan dulce y grata a mi sensible pecho  
Como el primer amor.

Llega como la cita cariñosa  
Que en oculto jardín está esperando  
Intrépido doncel,  
Como tierna caricia de una hermosa  
Que imprime dulcemente un beso blando  
Con labios de clavel.

Como luz bonancible que asegura  
Aura feliz y sosegado cielo  
Al duro cazador;  
Como silencio de la noche obscura  
Que ha de cubrir con misterioso velo  
Las dichas del amor.

Llega y entonces el virgíneo coro,  
Reprimidas las furias de la guerra,  
Tus himnos cantará;  
Alegres tomarán las arpas de oro  
Y en ocio blando la cansada tierra  
Su sueño dormirá.

## EL ENCANTO

Encanto es el suspiro de una hermosa  
Que reprimido abulta el casto seno,  
Mas si se exhala, el corazón reposa  
Y deja de su aroma el aire lleno,  
Cual cáliz de una rosa.

Es beso de una niña que no sabe,  
Por tierna edad, la fuerza del deseo.

Que sólo busca por placer suave,  
No conociendo amor ni devaneo,  
La flor, la cinta, el ave.

Es caricia de un niño que, inocente,  
Ríe y llora a la vez, juega en su lecho,  
Se muestra con las fajas impaciente  
Y descompone del materno pecho  
La gasa transparente.

Es el sonido del laúd del Tasso,  
Es una virgen del pintor de Urbino,  
El día moribundo en el ocaso,  
La voz de Osián, un verso peregrino  
Del joven Garcilaso.

Es un grato recuerdo de fineza  
Cedida al lloro, celestial agrado  
Que le costó un suspiro a la belleza;  
Un nombre dulce, con buril grabado  
Del sauce en la corteza.

Es la vista del mar, que en las arenas  
Estalla sordo y duerme el Océano;  
Es la flexible lona en las antenas,  
Mientras surca el cristal bajel lejano,  
Sin advertirse apenas.

Es ruiseñor que en soledad se queja,  
Insecto de alas de oro que se mece  
En inclinado junco y que se aleja,  
Rumor de arroyo que entre lirios crece,  
Susurro de una abeja.

Mas no... buscad el delicioso encanto  
En la tierna mirada de Celmira;  
Nada en el Universo hechiza tanto...  
Ora escuchad, que la beldad me inspira,  
Mas puro será el canto.

Se retrata en sus mágicos luceros  
El delirio de amor; miren errantes  
O en su calma se fijen hechiceros  
Son dulce perdición de mil amantes  
Que lloran prisioneros.

Doncel que no resiste el grato empeño  
De disfrutar de luz tan deliciosa,  
Los verá retratados en su sueño,  
Y de su libertad, que es tan preciosa,  
Jamás será ya dueño.

Ellos serán su gloria de contino,  
Su presente ilusión, su amado cielo,  
Su esperanza, su mágico destino,  
Su plegaria en las lágrimas del suelo,  
Su canto matutino.

Hijo del genio, si al honor aspira,  
Si fuere al entusiasmo destinado,  
Para cantar las glorias de Celmira  
Del verde ramo del laurel sagrado  
Descolgará la lira.

Y sonará su voz: la virgen pura,  
Escuchando el sonido melodioso,  
Anhela que cante su hermosura,  
Esperando en silencio religioso  
Tan plácida ventura.

Cantor, es tu destino: el genio guía  
A celebrar la cándida belleza;  
Álzate en medio de la patria mía  
Escondiendo en las nubes tu cabeza,  
Gigante en la armonía.

En medio de las sombras del espanto  
Que rodean la vida, en sus abrojos,  
Dos dichas nos concede el cielo santo:  
La lira y la mirada de unos ojos  
Que son todo mi encanto.

## PLEGARIA

¡Que el cielo te proteja, hermosa mía!  
¡Que te defienda un ángel inmortal,  
Y las flores de amor y poesía  
Te brinden con su aroma celestial!

¡Que un tropel de esperanzas deliciosas

Ocupe sin cesar tu corazón!  
¡Que tus días deslicen entre rosas!  
¡Que tus sueños los dore la ilusión!

¡Que suelta a su placer la crencha blonda  
Vagues por odorífero pensil,  
Y luciendo diamantes de Golconda  
Tengas palacios de oro y de marfil!

¡Que no pruebes la hiel de los enojos  
Ni escuches un gemido de dolor!  
¡Que no sepan de lágrimas tus ojos  
Ni de celos mortíferos tu amor!

¡Que enamores cual fada mi sentido  
Con fresca tez, con seno virginal,  
Escarchado de aljófara el vestido,  
Con la fimbria de adornos de coral!

¡Que te sirvan donceles y meninas  
En la inocencia de tu edad de flor!  
¡Que corran de tu lecho las cortinas  
Y viertan a tus pies pomos de olor!

¡Que al brillar tus auroras de ventura  
Canten el tierno amor de la mujer;  
Cuando dejes tu sueño, tu hermosura,  
Por la tarde los himnos del placer!

¡Que tus horas se enlacen de jazmines!  
¡Que halaguen tu brillante juventud!  
¡Que corran entre danzas y festines  
Y sonidos del cóncavo laúd!

Tras un sueño de amores en el suelo  
Recorriendo las arpas de Sión,  
Que te suban los ángeles al cielo,  
Que allí tienes tu patria y tu mansión.

De luz te vestirás, hermosa mía,  
Y ocuparás tu asiento de rubí,  
Beberás los raudales de ambrosía:  
Si entonces vivo soy, ruega por mí.

Adiós... Sigo en el mundo peregrino.  
Yo cruzo mi desierto de dolor;

Te guardaré dos flores del camino:  
Una la regó el llanto, y es de amor.

Otra la vio brotar la infancia mía;  
La tengo por tesoro y talismán,  
Que es delicada flor de poesía  
Que endulza al corazón todo su afán.

#### A UNA BELLA

Sobre pupila azul con sueño leve  
Tu párpado cayendo amortecido,  
Se parece a la pura y blanca nieve  
Que sobre las violetas reposó;  
Yo el sueño del placer nunca he dormido.  
Sé más feliz que yo.

Se asemeja tu voz en la plegaria  
Al canto del zorzal de indiano suelo,  
Que sobre la pagoda solitaria  
Los himnos de la tarde suspiró;  
Yo sólo esta oración dirijo al cielo:  
«Sé más feliz que yo.»

Es tu aliento la esencia más fragante  
De los lirios del Arno caudaloso,  
Que brotan sobre un junco vacilante  
Cuando el céfiro blando los meció.  
Yo no gozo su aroma delicioso:  
Sé más feliz que yo.

El amor, que es espíritu de fuego  
Que de callada noche se aconseja  
Y se nutre con lágrimas y ruego  
En tus purpúreos labios se escondió;  
El te guarde el placer y a mí la queja:  
Sé más feliz que yo.

Bella es tu juventud en sus albores  
Como un campo de rosas del Oriente;  
Al ángel del recuerdo pedí flores  
Para adornar tu sien, y me las dio.  
Yo decía al ponerlas en tu frente:  
«Sé más feliz que yo.»

Tu mirada vivaz es de paloma:  
Como la adormidera del desierto  
Causa dulce embriaguez, hurí de aroma  
Que el cielo de topacio abandonó;  
Mi suerte es dura, mi destino incierto:  
Sé más feliz que yo.

## LA CITA

Ella al jardín, yo a su lado;  
Es tímida, yo discreto;  
Guarda la noche el secreto,  
Ninguno nos ha escuchado.  
¿Qué falta a la dicha mía?...  
Que la noche eterna fuera.  
¿Es verdad, Nise hechicera?  
-Malhaya la luz del día.

No duerma quien tenga amor,  
Ni ha de gozar sus consuelos;  
Si se rinde, tome celos,  
Que son buen despertador.  
-Mi bien, me tienes aquí,  
Postrado a tus bellos pies  
¡Cuánto te adoro!...¿Lo ves?  
¿Soy correspondido? -Sí.

-Desde que la luz miré,  
Jamás le debí un favor  
En obsequio de mi ardor,  
Por eso la luz no amé;  
La noche sí que amo yo,  
Vivan sus sombras, mi dueño.  
Es muy tarde... ¿tienes sueño?,  
¿Quieres que me vaya? -No.

Eres, ¡oh virgen cándida!, más pura  
Que la brisa que halaga los laureles,  
Y con fiebre de amor que no se cura  
Me abrasaron tus labios de claveles.

¡Qué hermosas son tus pomas!  
Parecen dos palomas

De venturosa cría  
nacidas en un día.

Corónate de flores, que ninguna  
De las hijas de los reyes orgullosos  
Hizo brillar en la dorada cuna  
Unos ojos más tiernos, más hermosos.

Corónate, bien mío,  
Ahora que el rocío  
En las abiertas flores  
Engendra los amores.

Cubran tus trenzas mi desnudo pecho,  
Gocen las almas dulcemente unidas,  
Formen al pie del mirto nuestro lecho  
Las rosas a los cálices prendidas;

Y si el pesar viniere.  
Con su aquilón que hiere,  
Un ósculo adorado  
Lo deje desarmado.

¡Ay, hermosa y feliz! Obra dichosa  
Del Señor que te amó desde los cielos  
Jamás me des la copa ponzoñosa  
De sospecha fatal y amargos celos.

Porque infernal tortura  
Prefiero a la amargura  
De la poción impía  
Que el corazón enfría.

La aurora empieza a lucir,  
oigo pasos muy cercanos;  
Démonos, amor, las manos:  
-Marcha, que pueden venir.

-Adiós, pues, hermosa mía,  
Orgullo de mi pasión,  
Gloria de mi corazón.  
-Malhaya la luz del día.

Las nueve

## Leyenda alemana

El nocturno centinela  
De una torre que confina  
Con la morada de Sélner,  
El maestro de capilla,

Con voz triste y compasada  
«Son las nueve», repetía.  
Y el eco vagaba entonces  
Por el bosque y la campiña.

«Las nueve», dijo Adelaida:  
«Las nueve», Sélner decía:  
Y él dejó la flauta de oro  
Y ella el arpa marfilina.

«Las nueve», exclamaba Sélner,  
»Hora de la primer cita  
»Víspera de amargo duelo,  
»Víspera de mi partida.

»Para la imperial Viena,  
»Do a buscar fortuna y dichas  
»Para los dos, me llevaron  
»El amor y la osadía.»

«Las nueve», dijo Adelaida:  
»Sábete que es la hora misma  
»Que de mi padre a los pies  
»Nos vio puestos de rodillas

»Implorando su piedad;  
»Y su voz dulce y bendita  
»Quiso unir dos corazones  
»Que Naturaleza unía.»

-«¿Te acuerdas», repuso Sélner.  
»De las notas expresivas  
»Del concierto que a la vez  
»Conmigo tocar solías?»

-«Me acuerdo, porque es tan grato

»Que los ángeles lo inspiran;  
»Del secreto de dos almas  
»Se formó su melodía.»

Y los dos, sin consultarse,  
Con una magia instintiva,  
La flauta y el arpa toman  
Y modulan y suspiran.

Tonos de recuerdos dulces  
Que se mezclan y combinan  
Como en el celeste Edén  
Angélica salmodia.

Algunas auroras vuelan  
Con sus luces fugitivas,  
Y la salud de Adelaida  
Visiblemente declina.

Las tristezas la consumen,  
Y la palidez marchita  
Los claveles de sus labios,  
Las rosas de sus mejillas.

¡Fue tan feliz! ¡Ah! No pueden  
Durar nuestras alegrías,  
Que son flores y las roen  
Insectos que las codician.

Tocaba al ocaso el solo  
Era la tarde sombría,  
Y aliviada se vio un tanto  
De sus dolorosas cuitas.

-«Sélner», dijo la hermosura  
Con su celestial sonrisa,  
»Toquemos aquel concierto  
»Que mi sinsabor disipa.»

Sélner vio brillar un rayo  
De esperanzas ya perdidas...  
De la fresca primavera  
El aura aromosa y tibia

Por las ventanas entraba:  
La más regalada brisa

De los árboles erguidos  
Verdes ramas conmovía,

Y la estancia se vio llena  
De aquella esencia exquisita  
Que exhalan las frescas rosas  
En los aromosos climas.

Mientras acordaba el arpa  
Dijo Adelaida, expresiva:  
-«Dulce amigo, si yo muero  
»Verás cómo el alma mía

»Vuelve a bajar a la tierra  
»Para hacerse tu cautiva,  
»Que sin la tuya en el cielo  
»No quiere tener cabida.»

Luego acompañó a la flauta  
Con tan docta maestría  
Cual jamás oyó el Amor  
En los jardines de Armida.

Y al fin de una vibración  
De las concertadas fibras  
Ocultó en el seno hermoso  
Su faz, sin vigor ni vida.

El alma se subió al cielo  
De aromas y de delicias,  
Del armónico instrumento  
Con los sonos confundida,

Y el nocturno Centinela  
De la torre allí vecina,  
Con voz lúgubre y pausada,  
«Son las nueve», repetía.

II  
Sélner no quiere vivir,  
Maldice la luz que brilla,  
Deja su hogar, pero vuelve,  
Que anhelando está la vista.

Del sitio donde Adelaida,  
Como luna que se eclipsa,

Le negó sus resplandores  
Entre las sombras perdida.

Se ha cerrado en su aposento,  
No recibe las visitas,  
No es visto de sus alumnos  
Y de su flauta se olvida.

De la estancia de Adelaida  
Nada mudó: el arpa misma  
Colocada ante el sofá,  
Triste y sola enmudecía.

Un año se pasó así,  
Sin que penas homicidas  
Libre al músico dejaran  
De sus ponzoñosas viras.

Visitaba con frecuencia  
De su amor la tumba fría,  
Coronándola de flores  
Matizadas con mil tintas;

Y en sus cálices de aroma,  
Do miel las abejas liban,  
El aliento de Adelaida  
Respirar le parecía.

Por una tarde de mayo  
Cogió rosas purpurinas,  
Y en la estancia funeraria  
Las derramó sin medida.

Luego se sentó en el sitio  
Que ocupó en mejores días,  
Cuando el sol de sus placeres  
A su claro cenit iba.

De la fresca primavera  
El aura aromosa y tibia  
En los árboles erguidos  
Verdes ramas conmovía,  
Y la estancia se vio llena  
De aquella esencia exquisita  
Que exhalan las frescas rosas  
En los deliciosos climas.

Los más fúnebres recuerdos  
Tienen su fuerza atractiva,  
Tienen tan fatal encanto  
Que se adosan y lastiman.

Sélner se deja llevar  
De recuerdos de rüinas,  
Desesperación y muerte  
Que su triste pecho agitan.

Toma la olvidada flauta,  
Quiere ensayar la armonía,  
La sublime inspiración,  
De Adelaida favorita;

Pero apenas comenzó  
Cuando el arpa le seguía  
Con profundas vibraciones  
De la más justa medida.

Hiélase su sangre toda  
Y sus cabellos se erizan...  
Mas luego, al callar la flauta,  
Queda el arpa enmudecida.

Volvió al tono, volvió al canto  
Y el arpa a su voz antigua,  
Y el nocturno centinela  
«Son las nueve», repetía.

Cuando la risueña aurora  
Reflejaba en las colinas  
Le hallaron sin movimiento,  
Casi en tristes agonías.

Por la tarde volvió en sí,  
Cogió rosas encendidas  
Y las colocó en la estancia  
Con hermosa simetría.

Tocó la flauta, y al punto  
Conmovió el arpa sus fibras,  
Hasta que el nocturno guarda  
«Son las nueve», repetía.

La fiebre devoradora  
Le va postrando, le humilla,  
Y en delirio abrasador  
Con voz moribunda grita:

-«Tú no engañas, Adelaida,  
»Tú estás en mi compañía:  
»Los dos juntos marcharemos  
»Al Edén de las delicias.»

Su mal se aumentaba siempre,  
Sin admitir medicina...  
Cuando sonaban las nueve  
Se encerraba y escondía.

Para llorar sus quebrantos,  
Pálido que daba grima,  
Con cuerpo desfallecido,  
Pie débil y turbia vista.

Quiso el médico espiar  
Sus tristezas y manías,  
Y en la cámara una tarde  
Se escondió tras las cortinas.

Cargado le vio venir  
De rosas recién cogidas,  
Ponerlas en ricos vasos  
Y sentarse en una silla.

De la fresca primavera  
El aura aromosa y tibia  
En los árboles erguidos  
Verdes ramas conmovía,

Y la estancia se vio llena  
De aquella esencia exquisita  
Que exhalan las frescas rosas  
En los deliciosos climas.

-«Adelaida», dijo Sélner,  
»Nuestras dos almas unidas:  
»¿Cuándo volarán al cielo  
»Cual ligerasavecillas?

»¿No ves que yo estoy llorando?

»¿Que el dolor me martiriza?  
»¿Que suspiro verme libre  
»De los lazos que me ligan?»

Un viento fresco que entró  
Puso esencias fugitivas  
En los labios abrasados  
Del maestro de capilla:

«¡Cuán dulce», dijo, «es tu beso,  
»Mi Adelaida!... Solicita  
»Pasar el alma a mis labios  
»Para que tú la recibas.»

Tomó su flauta y tocó;  
Vibró el arpa estremecida,  
Y al maestro acompañaba  
Con cadencias peregrinas.

Salió el médico azorado,  
Mas Sélner lo detenía  
Junto al sitio donde estaba  
Con su furia convulsiva.

Flauta y arpa comenzaron:  
Tocó un aire de alegría,  
De glorias y de triunfo,  
Voz de placer nunca oída:

Aire puro y celestial,  
Son de angelicales liras,  
De un alma que vuela al cielo  
Única y fiel despedida.

En fuerza, en intensidad,  
Los instrumentos cedían  
Y a una final vibración  
Cayó el músico sin vida.

Todas las cuerdas del arpa  
Se rompieron desunidas,  
Y el nocturno centinela  
«Son las nueve», repetía.

EL NAVEGANTE

Apartado de ti surco los mares,  
¡Oh cándida mujer!  
Triste víctima he sido en tus altares,  
¿Y mía no has de ser?

¡Qué terrible en sus tétricos horrores  
Se muestra el mar, mi bien!  
Pero yo temo más que sus rigores  
Tu enfado o tu desdén.

El bramido de recios vendavales  
No me intimida a mí;  
No temo todo el peso de los males;  
Tu olvido, hermosa, sí.

Tú sobre leves plumas reclinada  
No sientes aflicción;  
Sostiene mi cabeza acalorada  
La dura tablazón.

Si de volverte a ver tengo el consuelo,  
Te juro, por mi fe,  
Que tú serás mis glorias y mi cielo  
Y al mar no volveré.

Si Dios me da que pueda coronarte  
La sien de albo jazmín  
Y un ósculo tomar al despertarte  
Del labio de carmín,

Que en cambio de una lágrima muy pura  
me des tus alegrías,  
Y cubras con un velo de ventura  
Mis noches y mis días,

Jamás será que fíe en la bonanza  
Del mar y sus arenas,  
Ni cuelgue el sutil lienzo de esperanza  
De débiles antenas.